

invadido de improviso su territorio, y apoderándose de él (1808), Gustavo no supo ni siquiera sostener el valor de los naturales de aquel país. Este monarca provocó también a Dinamarca, declarándole la guerra é invadiendo la Noruega, sostenido por los ingleses; pero se encontró también con éstos, precisamente cuando los ejércitos napoleónicos se preparaban á atacarlo. En efecto, Bernadotte, llevando á sus órdenes un cuerpo de franceses y españoles, en varios encuentros afortunados logró tener á raya á los ingleses, mientras que por otra parte los rusos, despues de haber agregado la Finlandia al imperio, amenazaban á Estokolmo. Entonces las tropas suecas se sublevaron (29 de Marzo de 1809), por efecto acaso de una trama desde largo tiempo urdida. En esta circunstancia Gustavo fué depuesto, pero la corona no se confirió á su hijo, bastante jóven para mandar en aquella crítica situacion, sino al duque de Sudermania, el cual, con el nombre de Carlos XIII, recibió de la dieta una nueva constitucion representativa, en un tiempo precisamente en que mas fuerza de concentracion se necesitaba para rechazar á los dos ejércitos enemigos. Habiendo, pues, concluido la paz con Rusia (17 de Setiembre de 1809) y cedídole la Finlandia y las islas de Alaud, es decir, una tercera parte del territorio y de la poblacion de Suecia, ésta, hallándose estrechada ahora entre el mar Báltico y la Noruega, se adhirió al sistema continental.

Carlos XIII, viejo y achacoso, servia de juguete á los poderosos y á los intrigantes, por lo que muerto su hijo, estando reunida la dieta para elegir un sucesor á la corona, muchos se inclinaban á Dinamarca con objeto de efectuar la fusion escandinava, idea siempre predominante en aquel país, pero otros dirigieron sus miradas á Francia, y entre los mariscales que se perdian en el fulgor de la gloria napoleónica, distinguieron al único que conservaba aún en su persona una representacion propia, esto es, á Bernadotte, príncipe de Pontecorvo [Julio de 1810], popular en Alemania por la moderacion con que mitigaba los males de la guerra.

No agradó á Bonaparte esta eleccion, y cuando Bernadotte se negó á cerrar los puertos de Suecia á los ingleses, medida que habria acabado de arruinar al país, el emperador se enfureció contra su antiguo general, culpable á sus ojos por haber obtenido una corona de otras manos que de las suyas, y por no ser pariente de la casa imperial; así es, pues, que Napoleon ardia en deseos de castigarle, al paso que las demas potencias halagaban en Bernadotte una ambicion que osaba erguir su frente sin cerrar los ojos á los rayos deslumbradores que despedia la corona de Francia.

También la Puerta se declaró enemiga de Napoleon, luego que éste la engañó dejando al emperador de Rusia que tomase por suyos los principados de Valaquia y Moldavia:

en efecto, dándose por desentendida á sus proposiciones, suspendió las hostilidades contra aquella potencia.

Pero el huracan amenazaba ya muy de cerca, y si el emperador Alejandro no dejaba de mostrarse apasionado de Napoleon, este no inspiró nunca afecto á los boyardos, con los cuales el czar está precisado á tener mas consideraciones que las que se figuran los extranjeros. En efecto, se vió obligado por ellos á publicar un nuevo arancel de aduanas que gravaba los géneros franceses y admitia los coloniales en bandera neutral. El vulgo, siguiendo el impulso del clero, miraba con horror á los franceses, contra quienes continuamente resonaban anatemas en las iglesias griegas, y la emperatriz madre odiaba sobremanera á Napoleon. Habia por lo demas agravios y humillaciones que venian contra Francia, y no podia ser duradera una amistad que exigia la esclavitud. La ocupacion de Dantzick y del ducado de Oldemburgo, el engrandecimiento del de Varsovia y el medrar continuo de Francia en perjuicio de los países neutrales turbaban el sosiego de Alejandro, cuyo carácter místico y liberal le traia á la memoria la imágen de la libertad de Europa conculcada y la idea de que él debía ser su adalid; queriendo, pues, verificarlo, envió un agente secreto con proposiciones á Moreau, que refugiado en América tenia fija la vista en los movimientos de Napoleon que reputaba su rival, alimentando la viva esperanza de que éste, siguiendo siempre su sistema de marchar adelante, fiándose de su osadía y en el aturdimiento de los demas, habria de llegar una vez el punto en que se hundiera. El general descontento no resistió á la tentacion [Julio de 1813], y puso á disposicion de Rusia contra el señor de Francia sus talentos y su brazo que en otras ocasiones habian salvado á su patria.

Dumouriez, enemigo implacable de Napoleon, que habia dado á Wellington el plan de la guerra de la Península ibérica, dió ahora á Alejandro las instrucciones necesarias para dirigir su ataque y proyectó el restablecimiento del trono francés con una constitucion ampliamente liberal, colocando en él á Luis Felipe de Orleans su alumno. Así, pues, los monarcas llamaban nuevamente á la escena á los antiguos republicanos, juzgándoles como únicos capaces de derrocar el poder del señor de Francia que pretendia confiscar en su esclusivo provecho los frutos de la república. Castlereagh y Liverpool, ministros de Inglaterra, seguian el sistema de Pitt. Habiendo á la sazón un diario de Londres insinuado la conveniencia de asesinar á Napoleon, se solicitó de la cámara un voto de reprobacion contra semejante propuesta para que no pareciese que la nacion lo consintiera, y el marqués de Wellesley dijo: "Este escritor asegura que el dominador de Francia se ha puesto fuera de la ley; pero espero que habrá todavía en este mundo un

tribunal ante el cual será llamado á juicio, y las naciones de Europa pueden conseguirlo haga, no con el puñal, sino reuniendo sus esfuerzos y castigándolo en el campo de batalla de los pérfidos ataques que lo han hecho eternamente execrable."

Habíase, pues, formado una vasta coalicion de toda Europa, la cual vuelta en sí despues de su largo aturdimiento, habia llegado á comprender que Napoleon obraba al acaso, que las violencias jamas son duraderas y que para acabar con ellas bastaba perseverar en la resistencia.

GUERRA DE RUSIA.

Napoleon todo lo veia; pero confiaba en la espada, y tan solo en ella: ¡ay del conquistador el dia en que se rompiere!

Tenia un ejército prodigioso por su unidad y disciplina: ciento sesenta generales de division; trescientos cuarenta brigadieres; cien diez ayudantes, todos soldados con que le brindaba Europa. Napoleon podia disponer de ellos á su antojo; podia engañar la opinion con los periódicos; disponer á su gusto de cuatrocientos millones de su tesoro particular, depositado en las Tullerías, y de setenta millones de súbditos, entre los cuales habian desaparecido hasta las huellas de las instituciones tutelares.

Pero es de notar, que Napoleon para tener tropas ejercitadas debia sacarlas de España, lo que era muy contrario á sus intereses. Inglaterra en tanto no perdonaba gastos para alimentar la guerra en la Península ibérica como en todas partes, apoderándose de los buques neutrales y poniendo en ellos marinos suyos. Unicamente la América Septentrional, instigada por Napoleon, declaró á la Gran Bretaña una guerra que habria podido serle peligrosa en una época en que tenia que pelear contra la Europa entera. Pero estaba reforzada por ochocientos mil hombres que tenia á su sueldo, de los cuales una cuarta parte operaba sobre el mar y los demas se hallaban repartidos en varios puntos. El parlamento dictaba de buena gana los enormes dispendios necesarios para hostilizar á la potencia rival, y el espíritu público se manifestaba cada vez mas contrario á los franceses, ya apostrofándoles con improperios en los periódicos, ya con caricaturas de que Lóndres estaba llena.

La Prusia, aunque se hallaba mas humillada que nunca, despues de la muerte de Luisa, Hardemberg luego que entró en el ministerio de negocios extranjeros, infundió algun vigor al espíritu público en aquel país, y trató de buscar dinero, sabiendo que este era el único medio de tener soldados. Los treinta mil combatientes á cuyo número, segun los tratados, habia quedado reducido el ejército en la monarquía de Federico II, no estaban obligados á servir en los regimientos activos mas que un año. Sistema muy á propósito para que Prusia tuviese siempre un

cuerpo de reserva ejercitado en las armas, que poder convocar en un solo instante. Además las sociedades secretas podian servir de grande apoyo en aquellas circunstancias. Pero Napoleon preparándose á llevar la guerra hasta Rusia, obligó por de pronto al monarca prusiano á unirse con Francia, y á suministrar veinte mil soldados á su ejército imperial.

El Austria, sea cual fuere su postracion, se consideraba aún como potencia de primer orden, á lo menos por su masa, y aunque un matrimonio político no era bastante obstáculo para que dejase de responder al voto general y de buscar su provecho, Metternich le habia impreso á la sazón un carácter, que despues mantuvo siempre de potencia mediadora, por cuyo motivo, lejos de promover las guerras, intervenia en todas con la certeza de ganar. Siguiendo, pues, la política acomodaticia renovó su alianza con Napoleon, garantizándose mutuamente la seguridad de los respectivos territorios, aceptando el sistema continental y prometiendo treinta ó cuarenta mil soldados, bajo condicion de que fueran mandados por un austriaco, y éste fué Schewartzemberg.

Napoleon preparándose para poner en movimiento todo su ejército, hizo ingresar en las filas de la guardia nacional del imperio á los que se habian librado de la conscripcion, destinándoles oficiales propios con sueldo, y convirtiendo por este medio aquella guardia en una inmensa reserva, dividida en tres secciones segun la edad de los individuos, los cuales eran todos víctimas predestinadas al sacrificio. Entre tanto dirigió hipócritas mensajes al senado, y no cuidándose en esta circunstancia ni siquiera de paliar, alegando motivos poderosos, los nuevos sacrificios que exigia, empleó tan solo frases vagas y aéreas para justificar una guerra que iba á costar á Francia torrentes de sangre. Para proveer á la seguridad interior, trasladó á Fontainebleau [21 de Julio de 1812] á Pio VII moribundo, mandó dar á los príncipes de España caballos detestables para que se hastiaran de la equitacion en razon de que temia que se aprovecharan de ella para evadirse, y á una hermana de aquellos que mostró entereza de ánimo, la hizo encerrar en un convento de Roma, ciudad en donde tenia también entonces á Carlos IV. En Paris encomendó la cartera de negocios extranjeros á Maret, que le era muy adicto, confiando en que con esta eleccion no encontraria ningun obstáculo á sus planes; pero sobre todo puso su confianza en Savary, ministro de policía. Completados, pues, sus preparativos, dijo: *Voy á domar á Alejandro: dos victorias me pondrán en Moscou y en Petersburgo. Allí dictaré la paz. Celo, mucho celo, y os traeré la paz dentro de tres meses.*

En efecto, se puso en marcha para Rusia (Mayo de 1812), dejando á sus espaldas las poblaciones descontentas, y su izquierda descubierta por la vacilacion de Suecia, y es-

puesta á las invasiones de los ingleses. Una columna de su ejército penetró en Alemania, en donde encarceló empleados civiles y militares, é impuso contribuciones, exasperando de esta manera los rencores de los alemanes, que se convirtieron en furor, mientras por otra parte los mas valientes entre los oficiales prusianos prefirieron romper sus espadas á la humillacion de sujetarse al mando del extranjero Macdonald, y finalmente el rey de Suecia se adhirió abiertamente á la Gran-Bretaña.

Napoleon habia citado para Dresde á los monarcas sus vasallos; y en efecto, se presentaron en ella Francisco II de Austria con su tercera consorte, el humillado Federico Guillermo, los reyes de Baviera y de Wurtemberg Gerónimo de Westfalia y los grandes duques de la confederacion del Rin: pléyada refulgente en torno del nuevo sol, que los miraba como hechuras suyas, y que cuando le anunciaban visitas de monarcas, respondia: "Que se aguarden."

Napoleon llevaba consigo quinientos mil soldados; pero solo la mitad eran franceses, siendo el resto gentes de afectos é intereses diversos: polacos á las órdenes de Poniatowski, que esperaban merecer la nacionalidad; sajones, austriacos, bávaros, prusianos, westfalienses, wurtembergueses, badeses y súbditos de varios principados; españoles, portugueses, suizos é italianos, mandados por Eugenio, Lechí y Pino: sesenta mil caballos obedecian al farsante Murat, y Berthier, celosísimo jefe de estado mayor, sabia admirablemente poner en ejecucion las órdenes de su señor, venciendo las dificultades y tomando en todo evento las necesarias providencias (1). Esta campaña de gigantescas proporciones, halagaba la vanidad de Bonaparte. "Castiguemos, decia, á ese czar, en otro tiempo nuestro amigo, y que no quiere ser enemigo de Inglaterra: vamos á obligarlo á

(1) *Ejército que Napoleon llevó á Rusia.*

Polacos.....	60,000
Sajones.....	20,000
Austriacos.....	30,000
Bávaros.....	30,000
Prusianos.....	22,000
Westfalienses.....	20,000
Wurtembergueses.....	8,000
De Baden.....	8,000
De Darmstadt.....	4,000
De Gotha y Weimar.....	2,000
De Wurrzburgo y Franconia.....	5,000
De Mecklemburgo y otros pequeños principados.....	5,000
Italianos y napolitanos.....	20,000
Espanoles y portugueses.....	4,000
Suizos.....	10,000
Franceses.....	250,000
Total de hombres.....	498,000

Algunos hacen subir este número á 650,000.

que nos dé esplicaciones de su conducta." Pero al pasar el Niemen se quedó atónito de no hallar resistencia. Alejandro, en tanto, habia llegado á comprender que á la invasion napoleónica era preciso oponer la guerra nacional y el espíritu religioso; persuadido, pues, de esto, arengó á su pueblo en tono místico y profético. "A nuestra lealtad, dijo, ha respondido con la perfidia este insaciable ambicioso: sordo á las proposiciones mas moderadas, viene á sorprendernos en nuestra misma patria. Mi pueblo defenderá sus familias, su país y la independencia rusa; la Providencia protegerá nuestra causa." No dando, pues, el impulso sino siguiéndolo, opuso á un ejército ébrio de gloria un pueblo entusiasmado en su misma subordinacion, secundando su ardor con designarle por jefes de la guerra al lituano Barclay de Tolly, á Bragation, hombre temido hasta de los franceses, y con especialidad á Kutusof, héroe popular por sus victorias sobre los turcos. Decidido Alejandro á destruir á toda costa el poder invasor, hizo que resonara en las ciudades santas el grito de la cruzada. Lleváronse reliquias en procesion; el archimandrita Platon; de ciento y un años de edad, maldijo al Goliath que invadia las tiendas de Israel; la nobleza cobró aliento en el desorden; sus individuos se armaron á porfia, y en torno de la efigie de San Sergio y al son de las campanas de Moscou, se reunieron tártaros, baskirios, cosacos. En los estados del ejército figuraban un millon ciento diez mil combatientes; en realidad eran menos, pero todos eran valientes y constantes en su propósito. La caballería era numerosa, la artillería formidable, y ademas se contaba con los cosacos ligeros, terror del enemigo. Por otra parte, el teatro de la guerra no presentaba mas que raras ciudades, y entre ellas el desierto. Todos aconsejaron á Alejandro que no se aventurase á dar una batalla decisiva, sino que hiciese la guerra de montaña, procurando hostigar cada vez mas á los franceses por medio de los cosacos, y asegurarse siempre la retirada, no llevando mas objeto que el de una resistencia constante y pertinaz, pues debia esperarse que el fogoso Napoleon sucumbiria ante ella, como le habia sucedido en Egipto y en España. Entretanto, el gobierno ruso, multiplicando con ahinco sus negociaciones, hizo alianza con los ingleses, y habiendo interpuesto éstos su mediacion para la paz con la Puerta, pudo engrosar el ejército con otros ochenta mil hombres. Reconoció tambien las cortes españolas, y se ligó con Suecia, ofreciéndole la Noruega en vez de la Pomerania, invadida por Napoleon (24 de Marzo de 1812.)

Viendo éste que los reyes invocaban el auxilio de la libertad, se acordó igualmente de aquellas ideas populares que en una vez le habian dado grandezas y triunfos, y pensó en Polonia. Esta nacion le habia abierto el camino hasta las fronteras rusas y proporcionado útiles auxiliares; no pudiendo, pues, li-

sonjarse Napoleon, estando aun en su juicio, de arrojar á los rusos al Asia, habria debido restablecer el reino de Polonia, á fin de ponerlo entre sus dominios y los del czar, restituyendo á los polacos su antigua nacionalidad, y atrayéndose sus bendiciones con la reparacion del crimen perpetrado por las tres potencias. Pero habia emparentado con la casa de Austria, que en esta ocasion habia perdido algunos despojos, por lo cual no se atrevió á manifestar tanta magnanimidad [1]; y despues que sus tropas llegaron á

(1) Mientras que Napoleon marcha sobre Wilna, la dieta de Polonia, reunida en Varsovia, proclama el restablecimiento de aquel reino. Una diputacion de la dieta se presenta al emperador en Wilna y le pide que dé su aprobacion á aquella resurreccion de un pueblo independiente. El emperador responde de una manera evasiva.

Respuesta del emperador al discurso del señor conde palatino Wibiski, presidente de la diputacion de la confederacion general de Polonia.

Señores diputados de la confederacion de Polonia:

He oido con el mayor interes cuanto acabais de decirme.

Si yo fuese polaco, hubiera pensado y obrado del mismo modo que vos, y hubiera votado igualmente en la asamblea de Varsovia: el amor á la patria es la primera virtud del hombre civilizado.

En mi posicion tengo muchos intereses que conciliar y no pocos deberes que cumplir. Si hubiera yo reinado en la época del primero, segundo ó tercer repartimiento de Polonia, habria armado á todo mi pueblo para sostenerlos. Inmediatamente que la victoria me ha permitido restituir á vuestra capital y á una parte de vuestras provincias sus antiguas leyes, lo he hecho sin tardanza y sin prolongar una guerra que hubiera hecho correr todavia la sangre de mis súbditos.

Amo á vuestra nacion; y por espacio de diez y seis años he visto á mi lado á vuestros soldados, así en los campos de Italia como en los de España.

Apruebo cuanto habeis hecho, y autorizo los esfuerzos que quereis hacer: podeis contar con todo lo que de mi dependa para favorecer vuestra resolucion.

Si vuestros esfuerzos son unánimes, podeis abrigar la esperanza de obligar á vuestros enemigos á que reconozcan vuestros derechos; pero en unas comarcas tan apartadas y estensas, sobre lo que principalmente debeis fundar vuestras esperanzas de buen éxito, es sobre la unanimidad de los esfuerzos de la poblacion que las ocupa.

El mismo lenguaje usé cuando me presenté por primera vez en Polonia: ahora debo añadir que habiendo prometido al emperador de Austria la integridad de sus Estados, nunca podria autorizar tentativa ni movimiento alguno que tendiese á turbarle en la pacífica posesion de lo que le

ser un objeto de odio en el ducado de Varsovia por sus depredaciones é insultos groseros, Napoleon no hizo mas que buscar soldados que lo sirvieran, dándose por desentendido con los que le hablaban de reconstruir el reino polaco, respondiendo con frases vagas y aéreas promesas á los que le pedian una sola palabra, un *fiat*, y corriendo en busca de los rusos para presentarles la batalla.

Pero en vez de hallar lo que deseaba, encontro un clima de los mas inestables, enfermedades y escasez de víveres; todo esto, sin embargo, no le arredró y quiso seguir adelante. Carlos XII no habia podido vivir en aquel país con veinticuatro mil soldados; ¿cómo habia de haber vivido Napoleon con quinientos mil! perecieron, pues, muchísimos de ellos, y aquel emperador no sabia sino decir: *No es posible tanta mortandad: soldados bien mandados, jamas se mueren de hambre.* Señaló con su grandiosa estrategia las marchas que debian ejecutarse; pero los pantanos y los arenales los retardaron; sus generales, ya hechos reyes, no se hallaban siempre dispuestos á obedecer, y él mismo mostró una lentitud y una falta de vigor que sus panegiristas no saben esplicar sino atribuyéndolas á una enfermedad.

Entretanto los rusos iban abandonando el país á medida que se adelantaba el ejército napoleónico, el cual no encontraba por doquiera mas que soledad. Las tropas francesas tuvieron que sufrir fatigas inauditas para llegar á Witeposk, pero la hallaron desierta (Agosto de 1812).

Los mariscales aconsejaron entonces á Napoleon que estableciese allí sus cuarteles de invierno; pero éste queria de todós modos verse en Moscou, cuyo nombre tenia para él algo de fabuloso, que le agradaba, como los de las Pirámides y del San Bernardo. Sin embargo, parecia haber olvidado ya Napoleon aquella rapidez de movimientos que tanto le distinguia en sus primeros tiempos. Por lo demas la guerra en aquel país era de una índole muy diversa que todas las anteriores hechas por los franceses. En Rusia eran pocos los caminos reales; los puntos importantes estaban muy apartados entre sí, y el espionaje ofrecia inmensas dificultades, pues debian hacerse los reconocimientos á través de una nube de cosacos, y con mapas de instruccion y planos muy imperfectos (1).

quada de las provincias polacas. Animen á la Lituania, á la Samogitia, á Witepsck, á Polotz, á la Mohilow, á la Volhinia, á la Vkrania y á la Podolia, los mismos sentimientos que he visto en la gran Polonia, y la Providencia coronará con un feliz resultado la santidad de vuestra causa, recompensando ese amor á vuestra patria que os ha hecho tan dignos de interes y tan acredores á mi estimacion y proteccion, con la cual debeis contar en todas circunstancias.

(Nota del traductor).

[1] En la historia de aquella expedicion, es-

Muchas veces el ejército se veía obligado ha seguir la misma dirección por espacio de cien leguas, no descubriéndose otros caminos, y, finalmente, se encontraba frente á frente con el enemigo sin poder caer sobre él por muchos puntos á la vez como en Alemania é Italia; así que, apenas proyectado un movimiento era adivinado desde los primeros pasos; lo que hacía imposible los grandes planes estratégicos.

Los frecuentes encuentros producían pérdidas y victorias recíprocas. En Smolensko [17 de Agosto de 1812] el ejército halló resistencia, pero al entrar en la ciudad la encontró desierta y ardiendo. Sin embargo, sigue su marcha sofocado bajo el sol de Agosto, y molesto por un polvo adusto y picante; pero se ve obligado á sostener continuas escaramuzas, y sufre cada día nuevas pérdidas, que agotan inútilmente sus fuerzas, sin poder nunca reanimar su valor con el júbilo feo de una batalla. Habían perecido ya cien mil hombres; y los demás sufrían los tormentos del hambre; pero Moscou distaba aun setenta leguas, y sin embargo, era esta la ciudad santa en donde el ejército creía encontrar el reposo, la abundancia y la paz que debía dictarse desde allí.

También los rusos anhelaban pelear, y Kutusof se preparaba en nombre de los santos y de la patria para dar una gran batalla. En efecto, en Borodino sobre el Moskowa (7 de Diciembre de 1812), ciento treinta y dos mil rusos con seiscientos cuarenta cañones, atacaron á ciento treinta y tres mil franceses, con quinientas ochenta y siete piezas de artillería, y de resultados de este combate quedaron en el campo setenta mil hombres entre muertos y heridos, incluso veintisiete generales franceses y muchos rusos, entre ellos Bragation. No resonaron entonces de tienda en tienda los cánticos de los soldados franceses según era costumbre después de una victoria. Napoleón había ya perdido más de la mitad de su ejército, y todavía Alejandro se replegaba sobre Moscou, diciendo que eran necesarios nuevos sacrificios para abatir al Antecristo. Era gobernador de esta ciudad á la sazón Fedor Rostopchin, hombre de un carácter verdaderamente ruso, esto es, mezcla de cortés y feroz, de ingenio agudo y burlon, no menos adicto que Kutusof á la causa de la patria, dotado de la misma reso-

crita por Boutourlin, el cual, además de los documentos rusos tuvo á la vista los cogidos á los franceses, el hecho que más llama la atención es el imperfectísimo conocimiento que se tenía de los enemigos contra quienes se iba á combatir. Federico II, haciéndose cargo de la expedición de Carlos XII, descubre los males y prevee los desastres que después cayeron sobre Napoleón. También las instrucciones de la guerra de Luis XIV que se encuentran en los archivos de París, habrían podido evitar los muchísimos errores que cometieron los franceses en su expedición á España.

lucion que éste y provisto de iguales medios. Habiendo propuesto entre ambos que se incendiaran todas las poblaciones y castillos donde los franceses pudieran hallar algún descanso, no vacilaron en ejecutarlo también con respecto á Moscou [1]. De los trescientos mil habitantes que contenía, apenas quedaron veinte mil; los restantes abandonaron sus casas á guisa de nómadas cuando el enemigo se aproxima [2].

(1) Proclama de Rostopchin. "Su alteza el príncipe Kutusof, para reunirse más prontamente con las tropas que se le han enviado, ha dejado á Mosaisk á fin de ocupar una posición fuerte, donde el enemigo no se presentará tan pronto. Se le han remitido cuarenta y ocho cañones y provisiones de guerra, y dice que defenderá á Moscou hasta perder la última gota de sangre, y que peleará hasta en las calles. Se han cerrado los tribunales; no importa, amigos, es preciso arreglar los negocios, y no hay necesidad de tribunales para castigar al malvado. Si me fueren necesarios tomaré jóvenes de la ciudad y del campo. Dentro de dos ó tres días daré la señal: armaos con hachas y picas, ó lo que es mejor, con horquillas de tres dientes, el francés pesa menos que un haz de trigo. Mañana iré á visitar los heridos al hospital de Santa Catalina, y haré decir una misa y bendecir el agua para su pronta curación. Yo sigo bien; tenía malo un ojo, pero ahora veo perfectamente con los dos."

[2] Entonces Rostopchin, apresurado para ejecutar su designio da la orden á los habitantes de evacuar inmediatamente sus habitaciones. Nadie puede hacerse una idea de la turbación y de la confusión que se apoderó de la capital. Los moscovitas cargaban á toda prisa sobre carros todo cuanto tenían de más precioso; los más pobres se preguntaban llorando dónde hallarían un asilo, y por un instinto de conservación, se precipitaban en pos de los soldados que atravesaban la ciudad corriendo, como si hubiesen tenido vergüenza de parar sus miradas sobre aquellos muros que no habían podido salvar. Rostopchin había abierto las prisiones y distribuido á los malhechores su tarea fatal; mas ya penetraban en los arrabales de Dorogomilof la cabeza de las columnas de Murat; Rostopchin huyó; y Miloradovitch, que no había tenido aun tiempo para retirarse con la retaguardia, hizo prevenir á Murat que si inquietaba su retirada, incendiaría la capital. Bien pronto penetró el rey de Nápoles en el Kremlin, en donde algunos desesperados ensayaron en vano defenderse. Bien pronto entró Napoleón á la cabeza de su guardia, en el arrabal de Dorogomilof; esperaba recibir las llaves de la ciudad; por de contado pareció penosamente afectado del silencio que reinaba en las calles desiertas; mas muy luego señaló á los diferentes cuerpos las posiciones que debían conservar alrededor de Moscou. Ya había entrado la noche cuando estalló el incendio en muchos parajes á un mismo tiempo; los soldados recibieron la orden de apagarle, mas las bombas habían sido retiradas por orden de Rostopchin. La ciudad entera ofrecía el aspecto de una inmensa hoguera; los

Los franceses [14 de Setiembre de 1812], entraron en Moscou con gran ostentación como si volvieran á ver su patria, y mostrándose llenos de regocijo por haber creído que se hallarían finalmente en una ciudad en donde el placer, la abundancia y el humano consorcio les harían olvidar los pasados sufrimientos. Pero ¡ah! nadie sale á su encuentro, los cuerpos de guardia están abandonados; la soledad, y un silencio profundo reinan por do quiera, como cuando se atraviesan las ruinas de Pompeya. Por la noche los soldados hambrientos se entregaban á la alegría, regalándose con abundantes víveres, pero no hacían más que celebrar las vísperas de su muerte. La manía de entrar en las capitales enemigas había inducido á Napoleón á obtener un vano triunfo que le costó un ejército y el imperio.

Mientras él se enorgullecía en el Kremlin, fortaleza, cuyos muros son montañas, y mientras desde allí dictaba reglamentos para los teatros de París, los rusos decían: *ya lo tenemos preso*, cuando él pensaba haber terminado la campaña, Kutusof la creía solo comenzada; y el ministro decía á Alejandro: *Señor, dad gracias á la Providencia; la Rusia se ha salvado*. Habiendo resuelto cortar la retirada al ejército francés para que el invierno lo destruyese, los rusos que en Smolensko le habían ofrecido la paz, en Moscou la recha-

soldados contemplaban con un profundo silencio aquel espectáculo imponente y terrible á un mismo tiempo; los jefes pensaban que el ejército ruso había sido más bien rechazado que vencido, y deplorando la suerte de aquella ciudad, conquistada á tanto precio, hacían tristes reflexiones sobre ellos mismos: de cuando en cuando ruidos sordos, semejantes al ruido lejano del cañon, dominaban los murmullos del incendio; era ocasionado por la caída de las puertas de hierro de las tiendas. El 15 fué el emperador á ocupar el Kremlin. Los edificios de piedra ardían más lentamente; pudieron salvar algunos. Prendieron un gran número de incendiarios con las antorchas en las manos y cargados de cohetes y petardos que arrojaban en el interior de las casas: declararon que cumplían con las órdenes del gobernador; los fusilaron, mas aquel ejemplo no contuvo á los demás. El 16, era el calor tan insupportable que el emperador se vió precisado á abandonar el Kremlin para ir á ocupar el palacio de Petrowski. El incendio que había durado seis días, cesó el 20, á consecuencia de una lluvia abundante. Desde el 18 había venido Napoleón á habitar la antigua residencia de los czares, que su aislamiento había preservado de las llamas. Los soldados escavaron aquellas ruinas, y encontraron en las cuevas una gran cantidad de subsistencias y géneros preciosos; las huertas de los alrededores les procuraron también legumbres, de modo que el ejército se halló momentáneamente en la abundancia."—*Historia de Rusia, por Chopin*, traducida al castellano por los editores del Guardia Nacional; Barcelona, 1839.

(Nota del traductor.)

zaron. Alejandro dijo en una proclama: "El enemigo ha entrado en Moscou, pero la gloria del imperio no ha quedado ofuscada. Solo posee paredes que no contienen habitantes, ni provisiones. En su soberbia se había imaginado hacerse árbitro del imperio y dictarle una paz ruinosa: ¡vana esperanza! Las tropas que diariamente se reúnen de las provincias vecinas cerrarán todos los caminos y destruirán las partidas que salgan á forrajear. El enemigo al entrar en Rusia contaba con quinientos mil hombres; la mitad han sido destruidos, ó se le han deserrado; con el resto ha ocupado á Moscou; pero si su orgullo no está satisfecho, pronto verá las consecuencias. La Rusia no se humilla al yugo, y verterá toda su sangre por defender sus leyes, su religion, su libertad. Dios omnipotente, mira con ojos de misericordia á la iglesia rusa; sosten el valor y la paciencia de tu pueblo que combate por una causa justa y poderosa: haz que con tu auxilio triunfe del soberbio que la ha atacado, y que triunfando liberte los reyes y á las naciones oprimidas."

Apenas entraron los franceses comenzó en Moscou el incendio: apagado un punto, estallaba en diez; los hospitales ardían y los heridos con dificultad lograban salir á morir fuera. Los soldados, fatigados de tanto apagar fuegos, volvían á sus cuarteles y no encontraban sino carbones. Al cabo de tres días la ciudad santa era una hoguera en medio de la cual solo se elevaba el Kremlin. El ejército vencedor se acampó en torno de una ciudad de llamas en tierras anegadas por las lluvias; el fuego de los vivaques se alimentaba con cuadros y muebles preciosos, y alrededor de ellos oficiales y soldados contentos y llenos de quemaduras se recostaban sobre chales de cachemira, pieles de Siberia y alfombras de Persia: los soldados se apoderaron de gran cantidad de vajilla de plata; solía verse también á un cazador vestido de cosaco, ó á un italiano de baskirio; al diamontés cubierto con el gorro persa, y al habitante de la Romanía con la ropa talar de los chinos; y las tropas por más que tuviesen á mano panderetas é instrumentos de gran precio, no podían con su música olvidar el hambre que tenían y la situación triste en que se hallaban.

Los desastres estimularon el ardor de las sociedades secretas, al paso que los cuerpos que Napoleón había dejado para proteger la retirada, atacados por los flancos, fueron derrotados. En vano Napoleón hacía proposiciones de paz; en vano pedía que á lo menos cesase el furor de una guerra popular. "¿De cuándo acá, le dijo Kutusof, se cree demasiado el ardor que emplea un pueblo para defender su patria contra el extranjero?"

Viendo la extensión del peligro, quiso Napoleón ejecutar otro acto de su estrategia, que consistía en marchar siempre adelante. Pensó atacar á Petersburgo y pasar allí el invierno, teniendo abiertas por agua las co-